

Félix Armando Núñez

Manuel Felipe Rugeles, gran poeta venezolano



HUBO un tiempo demasiado largo por desventura —casi las cuatro primeras décadas del siglo— en que la lírica venezolana de esos años era tan escasamente conocida en el extranjero que poco faltaba para que se la negase. Coincide con la época de Juan Vicente Gómez. Bastaría echar una rápida mirada a las antologías de poetas hispanoamericanos, entonces aparecidas, para corroborar este aserto. Mientras otros países del continente aparecen allí profusamente representados, el nuestro apenas si se cifra en los textos con uno que otro nombre. Más de una vez hemos meditado en la causa de este fenómeno y en su lamentable consecuencia.

Sin duda razones de orden político que se traducían cuando menos en indiferencia por los valores literarios, artísticos y culturales en general, obraron en la carencia de medios de difusión para los poetas, circunstancia agravada con la falta de una facultad de filosofía o un instituto superior de humanidades o educación en la Universidad de Caracas, tan necesaria al intercambio de las ideas y actividades desinteresadas del espíritu. Era, por ejemplo, más fácil que el autor de un florilegio lírico que realizaba su compilación en Norteamérica dispusiese de mayores fuentes de informa-

ción por lo que respecta a Chile, Argentina y Uruguay que no de otras naciones hermanas en el idioma. Por lo demás, la misma pasión política concentraba el interés en la novela panfletaria, o en la sátira de ocasión y alejaba la esperanza, aún hoy vana en todas partes, de editar con buen éxito pecuniario algún libro de poesía pura. Se objetará que este estado de cosas no impidió, sin embargo, el mayor florecimiento y difusión del género novelesco de que haya memoria en el continente hispanoparlante. A lo que opondremos el argumento de que siempre es más halagador el mercado para la prosa narrativa que para los poemas líricos.

Lo cierto es que el conocedor a fondo de la literatura iberoamericana se habrá extrañado con frecuencia de encontrar a Venezuela —tierra de poetas— tan pobremente manifestada en dichas antologías. Y no se diga que ello se debe a que nuestra patria no ha producido un Darío, un Lugones, un Valencia, un González Martínez, una Mistral, un Neruda, porque a más de la relatividad de valoraciones que una afirmación así implica, es fácil advertir que las complicaciones aludidas no se limitan a esos nombres ilustres.

Tampoco cabe duda de que tales antologías contribuyen a crear un dogmatismo de estimación, pues nada más cómodo que remitirse al juicio ajeno. "Actuar es fácil, pensar difícil" afirmó Goethe. La ley del menor esfuerzo lleva a soslayar la propia meditación y favorece la sugestión colectiva, blando acorde de la fama, esquila dulce del rebaño innumerable.

No de otro modo podríamos explicarnos la aseveración magistral, formulada aun por prosadores venezolanos de hasta ahora indiscutido prestigio, de que en Venezuela no hay grandes poetas. No menos de una docena de notables figuras líricas de la tierra se alzan en nuestra memoria contra afirmación tan antojadiza.

Y ahora viene a contradecirla la *Antología Poética de Manuel F. Rugeles*, uno de los más altos valores de nuestra América, cuya reciente lectura, una primavera de belleza, ha reavivado en nuestro espíritu la idea con que encabezamos este comentario.

* * *

Con su sencilla maestría característica Rafael Alberti en un poema inicial del volumen que nos ocupa, dominando la estilización sintética de no superable modo, traza la silueta lírica y espiritual del artista venezolano; ilumina con una cuarteta alusiva el contenido de cada uno de los libros diversos que componen la abundante "suma" poética, y deja al final como flotando una atmósfera musical de palabras en que se disuelve la esencia de esta alma armoniosa y escogida: "Es ágil, es ligera — profunda, desatada, — su música llanera — montañera y salada. — Va cercano y distante, — va transparente y bueno — como una estrella errante — sobre un mar solo y pleno. — O bien, como una hoja — que el viento no se lleva, — pero que el viento moja — y el viento la renueva".

La terminal referencia al viento y la hoja sustraídos a su juego natural dentro de las leyes físicas, aplicada a la poesía de Rugeles representa una de esas intuiciones cabales y siempre sorprendentes que suelen tener los artistas auténticos. Una hoja que sin estar seca, se desprende de su rama y que el viento en vez de arrastrar mantiene en alto siempre viva, humedeciéndola: apretada síntesis mediante la cual se declaran los elementos fundamentales y por lo mismo permanentes con que en nuestra imaginación alegorizamos la sustancia de esta lírica personalísima: su carácter errabundo y al par solitario, su fisonomía de cosa viva continuamente asociada a la actualidad y a lo inmediato, y su ingrátida eficacia de vuelo y elevación y de aéreo clima de música.

La antología de nuestra referencia, en su asombrosa variedad, connota la presencia real no sólo de un excelente poeta venezolano, sino, además, de uno de los mayores de la América española de nuestro tiempo. Variedad de asuntos desde el grácil y diáfano canto infantil de *Pirulero*, pequeña obra maestra, hasta el soberbio *Canto a Ibero-América*, pasando por los "idilios" luminosos de *Aldea en la Niebla*, el delirio místico de *Puerta del Cielo*, los depurados y no-

bles madrigales de *Luz de tu Presencia*, las sentidas elegías que brotan en todas partes y llenan con sus trémolos y adagios la *Memoria de la Tierra*, los poemas gnómicos de *Coplas y Décimas en Azul*, los romances inolvidables de *Poemas Varios*, y algunos sonetos de grave melodía y limpia factura. La variedad de tonos se adapta armónicamente a la diversidad de temas, y otro tanto puede afirmarse de la pluralidad métrica y de la riqueza del vocabulario, de las imágenes, de los recursos de toda índole que evidencian una cultura general muy bien asimilada hasta transmutarse en carne y sangre poética, sobre todo tratándose de la historia y sus ciencias auxiliares. También hay copia extraordinaria de sensaciones, garantía de una sensibilidad privilegiada, que va de la impresión auditiva y musical, siempre presente, a la luz, al color, a la línea, al goce pagano de lo plástico en una palabra. De ahí que esta poesía magnífica aparezca sin cesar como una mezcla indisoluble de ensueño y realidad, de presencia inmediata y tangible y de fuga deliciosa, de testimonio de geografía local e inmensidad ecuménica y trascendente.

No cometeremos el error y la deslealtad con nuestro criterio permanente de intentar definir la poesía de Rugeles encajándola dentro del lecho de Procusto de esas modas literarias que se llaman escuelas y que desde el punto de vista del gran arte intemporal no significan absolutamente nada. Una obra maestra es una *vivencia* profunda, no en sentido filosófico sino humano, en que el artista por misteriosa manera ha intuido la forma en ella latente que le comunica trascendencia, o sea el vuelo desde el yo creador hasta la conciencia colectiva. Los clisés verbales, las recetas metafóricas, los tácitos convenios internacionales del recurso, las "palabras de la nueva sensibilidad" son tan extrañas a la auténtica poesía como el traje de la Maja Vestida de Goya en relación con su Maja Desnuda. Los Salmos de David. El Cantar de los Cantares, las odas de Anacreonte, las poesías de Fray Luis de León, los Rubayat de Omar Kayam, los sonetos de Dante y Petrarca, las canciones y sonetos de Góngora, las baladas de Goethe, los *lieder* de Heine, las

ariettes de Verlaine, los nocturnos de Darío, *Lo fatal*, *Los motivos del lobo* y *La Cartuja* del maestro de Nicaragua, *El Poema del Hijo* de Gabriela Mistral, *El Jardinero* y *La Luna Nueva* de Rabindranath Tagore, lo mejor de los Machado, de Juan Ramón, de García Lorca, podrían ser todos contemporáneos, llevar la misma fecha, porque su excelencia radica en haber eliminado de su estructura los afeites y amaneramientos transitorios y "haber dado en el clavo". Siempre hemos echado menos una gran antología que más que de poetas sea de vivencia, para lo que habría que eludir el fetichismo, tan grato a las masas, incluso a las "masas cultas". Hoy más que nunca hay corifeos "tabú".

En nuestros días parece olvidarse que en el arte como en la vida no hay generación espontánea. Ni siquiera la del mamarracho, que en todos los tiempos ha tenido ilustres representantes. La ausencia de sensibilidad de los más los induce a la expresión enigmática o a la erudición pedante y epidérmica. Hemos visto cómo alguno de esta caterva ha asombrado a públicos ignaros tratando de probar que Shakespeare, Dante, d'Annunzio, Valle-Inclán y casi todos los escritores famosos han sido unos pobres plagarios. ¿No llamó Max-Nordau a Rubén Darío: "ese infeliz imitador de Verlaine y Mallarmé"? La facultad estimativa se manifiesta en arte por la intuición del matiz, sin la cual no hay percepción posible de la síntesis global que es la obra de belleza. Asombra comprobar cómo todavía abundan majaderos empeñados en disminuir la creación gigantesca de Lugones oponiéndole la de Herrera Reissig. Y maravilla aún más que después de Bergson algún necio quiera dar una imagen de lo vivo con estadísticas de palabras o pretendiendo "dividir la corriente del río". ¡Y si les aplicáramos a ellos el método!

No hemos buscado nunca en arte sino lo permanente, fuera de los encasillamientos de escuelas y sin valorar demasiado la originalidad externa o de los medios a ultranza. Como creemos advertir en Rugeles análogo criterio, se gana toda nuestra simpatía.

Esto significa en otros términos que la elocución y forma de nuestro poeta se mantiene casi siempre en ese difícil justo me-

dio que se llama buen gusto. Equidistancia ahora entre la cursilería y el amaneramiento insoportable representado por los hermetistas y la pretendida poesía hermética. ¡Una poesía hermética con intérpretes o exégetas que divagan arbitrariamente a su antojo y proporcionan fórmulas para componer a la moda! “¡Un comité revolucionario a puertas abiertas!” observó sarcásticamente don Enrique Molina una vez que lo impusieron de un fenómeno así en un momento crítico de la política chilena.

* * *

“Si quieres ser universal pinta bien tu isba”, sentenció el patriarca Tolstoy. En estricta solidaridad con su terrón nativo, los Andes venezolanos, tan semejante en orografía y tipos, faenas y costumbres, al país de Chile, Rugeles pone a flotar en la ingravidez de la música interna de su magia verbal las imágenes de los campesinos sobre el barbecho, las espigas y las eras, de los pastores trashumantes, de los indios alfareros o “sin tierra, sin rancho, sin ropa”, de la muchacha “de ojos color de café” que lleva la jícara “rebosante de olorosa y tibia miel entre los cafetales en flor”, de los cortadores de caña de azúcar que pasan en las tardes “al agudo rechinar de las carretas con su carga hacia los trapiches de la hacienda”, de los “magros arrieros que desfilan en silencio con sus reses de mulas por la montaña”, de las abuelitas para quienes “el palomar era toda la alegría de la casa”, del forastero infaltable en los caseríos que intriga al viadante con su “aguda barba de oro y sus ojos oscuros, lejanos, cabizbajo junto a la cerca de piedra, solitario frente al hierático pino”, deu guerrillero, en fin, que va a caballo acaudillando “gentes de rostro cetrino con fusiles y machetes y con odio contenido”.

Y en una pululación de vida dionisiaca los pájaros de la tarde, imprevistos, hacen enmudecer “los ríos, los árboles y las abejas y el aire”; extiende su ola vegetal el verdemar de los trigos, florecen claveles, azahares y amapolas, crece el río, “se lleva el ran-

cho y las mazorcas doradas” y pone en la atmósfera pastoril sombras de tragedia; y la guitarra es más sonora y patética en el silencio y la soledad de las alturas “por la misma calle angosta donde la luna es más blanca”; y la estrella es tan viva que se presiente que “va a volar como un pájaro en el alba”. Bien ha podido decir el poeta filial y efusivo: “Contigo voy, campesino, del brazo como un hermano” y encontrar como “voz de respuesta” el eco límpido de su propia voz de creador afortunado, fiel y satisfecho:

*¿A quién busco en la tierra de los pinos
y las palomas de alas extendidas
sobre las viejas torres desvaídas
en la niebla al azar de los caminos?*

*¿A quién sobre estos páramos andinos,
sobre estas nieves, águilas caídas,
y estos valles que añoran recias vidas
a la sombra o la luz de los molinos?*

*Mi corazón hoy vuelve a la montaña
donde ha sentido el jubiloso viento
cercando el fuego vivo de su entraña.*

*Donde también a su manera ha sido
caracol sin marino aturdimiento
y su canto lo salva del olvido.*

Espontánea y orgullosa epifonema esta última, brotaba de una conciencia de artista responsable, que recuerda el “*exegi monumentum aere perennius*” de Horacio.

* * *

Buen andino, Rugeles, baja a las sabanas como los ríos de su cordillera nevada, imprime en el estupendo “romance de las tierras”

todo el drama de los llaneros mediante una síntesis poética de antología en que la animación rítmica y el colorido emulan con un profundo sentimiento de justicia social rayano en la cólera y la imprecación contra la mentira de los demagogos. Romance digno del apogeo medieval del género, en que el vigor épico se oponía a la cosmética literaria.

Luego, "asumiendo cada vez mayor humanidad" abraza en su canto hecho "romance del Rey Miguel" también magistral, a los hermanos del "bronce vivo". "Mayorales o soldados — de tus negros regimientos — que dieron vida al milagro — de tu alucinante reino. — Gritos de la negrería desde el socavón minero, — horradan, flechas de odio, — tus más negros pensamientos".

De la tierra firme Rugeles va a conquistar las antillas venezolanas. Le hemos escuchado un *Canto a la isla Margarita*, no incluido en esta *Antología* que es como un sostenido delirio de luz matinal.

Pero la ambición literaria del gran poeta no se detiene aquí. Un día nos asombra con un *Canto a Ibero-América*, en que uno no sabe qué admirar más: si la robustez del tono épico mantenido gallardamente a través de los centenares de fúlgidos y resonantes versos, o la elegancia con que dentro de la elocución el destello imaginativo sabe disimularse con buen gusto único, o el movimiento impetuoso con que cláusulas, períodos y estrofas marchan como inducidas por gloriosa clarinada a mostrar al mundo la sonrisa sanguínea del continente y sus promisoras posibilidades, o la fantasía retrospectiva brillantísima con que el poeta va levantando del pasado, seguro en sus variados conocimientos, razas, civilizaciones, héroes en un climax magnífico de optimismo y esperanza. Sin duda y a mucha distancia de los demás autores, es éste en su género el mejor poema compuesto en el mundo de Colón. Habría que transcribirlo íntegro para satisfacer la apetencia de compartir con otros nuestro goce estético. En la imposibilidad de hacerlo citemos algunos pasajes del texto, indivisible como un raudal de belleza:

A navegar salieron. A descubrir las islas remotas —las del mito— ¡más allá de los mares! La Atlántida, Cipango o la florida Antilla, o las Siete Ciudades o la Casa de Glauco! Guiados por el instinto o la aguja que gira sobre la rosa náutica, salieron bajo el signo de los antiguos astros, y la gran voz profética del extraño argonauta que anunció los contornos de un mundo alucinante, nacido de la espuma, con su ronda de pájaros y la luz de sus minas con su aroma de especias y su canto de selvas.

.....

Bajo el fuego encendido de trémulas antorchas, fúndense el grito, el rezo; la angustia y la vigilia con la sorda protesta de rudos tripulantes, de torvos marineros. ¡Y son bocas sedientas y pupilas que exploran y voces que blasfeman y manos que se crispan y rostros sudorosos! ¡Ya no queda un retazo de verde en las pupilas! ¡Ni una palabra nueva de sabor de manzana! ¡Se ha dormido la copla con olor de claveles en el vientre moreno de quemantes guitarras! ¡Desnudos van los mástiles de gavias y de albatros y las viejas maderas de las tres naves crujen!

.....

¡Y su raza aborigen! La del soberbio azteca Con los signos de sangre de su piedra del sol, luminoso de fábulas, sembrador y alfarero, cerca al nopal y al águila y a la sierpe sagrada, y a su rey Moctezuma, flechador de los cielos!

*La de los viejos incas que del mar hasta el Ande,
por anchos arenales y azules cordilleras,
oyeron sus amautas, avivaron las quenas,
a la tierra le dieron el vigor de sus manos
y a la gloria del Cuzco la visión de sus minas!*

*¡La de los araucanos, de reciedumbre estoica,
señeros en su imperio de bosques y de valles,
con la fuerza telúrica del Ande milenario,
paseando a sus anchas con los arcos tendidos
al aire, hacia el plumaje colérico del rayo!*

*¡Y la de los caribes, nómadas de la selva,
errantes, solitarios, por la verde Orinoquia!*

*¡Con su doble designio navegante y guerrero,
que al imponer la norma de su bárbaro grito:
—“¡Sólo el Caribe es hombre!” — disparaban sus flechas!*

“Va despertando América, y hay un temblor de hojas — en su bosque de pueblo. — Y un temblor de raíces — en las cepas antiguas, cuando el viento estremece — la insurgente alegría de los árboles nuevos”.

Maravilla de animación, de luz, de color, de perfume, que suscita sin violencia el recuerdo de Homero y sus mejores hexámetros. Sí, maravilla. ¿Qué poeta de nuestra lengua ha logrado algo semejante con asunto tan fascinador? Nos parece advertir el gesto agrio de los críticos que llaman despectivamente “panegírico” al torrente de entusiasmo que brota frente a lo que ellos no serían capaces de crear aunque nacieran mil veces de nuevo.

De igual frenesí dionisiaco participa el *Canto a México* que comienza con deliciosa ingravidez.

“Me vine sobre el aire con substancia de flores y polvo de libélulas en un alba de México”.

¡Cuánta gracia y sencillez, tan ajena al torturado estilo de hogaño!

Y cómo se sutiliza aéreamente para cantar al Airón, el mitológico pájaro de los aztecas:

*Padre creador del mundo de los sueños:
dame una selva niña, con un cielo que puedan
tocar mis manos. Selva llena de poesía,
donde el Airón presida, con su cresta de ónix
en los días de sol la fiesta de los pájaros.*

*Para poder decir a todos los que pasen
al azar, buscadores del ideal sagrado:
—El Airón es hermano del Quetzal en el Ande.
Y como Quetzacoal, el príncipe, yo tengo
también mi casa hecha de plumas del Airón.
No es el pájaro azul del sueño de Tylyl.
Ni el que habla en el cuento del poema oriental.
Ni el pájaro de fuego de la selva dorada.*

*Con su veste de iris,
es más extraño aún. Habitante Sagrado
del misterioso reino de la montaña azul.*

* * *

En la amplitud de esta efusión creciente hay todavía holgado espacio para la simpatía por lo exótico que florece a través del admirable poema *Olaf es un patriarca*; para la filial devoción por la raza que se cifra en los nobles sonetos a Antonio Machado, don Miguel de Unamuno, García Lorca y Miguel Hernández, unidos en el significativo título de *Sangre y Espíritu de España*; para la fraternidad universal, estoica y cristianamente suscitada frente al trágico espectáculo de la guerra, contemporánea de la plenitud del poeta y

que aparece con desgarrado acento aquí y allá, sobre todo en *Clamor de Tierra herida*:

*Duéleme, tierra, duéleme tu acento.
Duéleme tu clavel, desintegrado
sobre la herida abierta del soldado
cuya sangre evapora y seca el viento.*

*Duéleme tu amargura y tu lamento
como de ángel caído y desolado
y el agua que en tus fuentes se ha agotado,
duéleme por la fiebre del sediento.*

*Duéleme ver ciudades, sementeras,
y rebaños quemándose en hogueras
de pólvora, encendidas todavía.*

*Y duéleme la voz que no te nombra
y la luz que se olvida de tu sombra,
tierra de la expiración y la agonía.*

Este soneto elegíaco muestra el camino de perfección para *La puerta del Cielo* (título de uno de los libros que confluyen en la antología).

Como Verlaine, nuestro poeta quiere que el canto "suba desde su alma que camina en busca de otros cielos y otros amores, y sea la profecía que la brisa húmeda va extendiendo por la mañana sobre los campos" (*Ant. Poétique*):

*Para poder un día estar contigo
en paz, soñando nuevas alboradas
y llamándote Padre, Hermano y Amigo,*

*puede ahora lanzar el odio al viento
y la ira al furor de las espadas
y al abismo del mar el sufrimiento.*

(Puerta del Cielo, 3).

Y más adelante, ya en pleno delirio místico:

*¡Ah, qué visión de lumbre en tu camino!
¡Y qué fuerza de amor con que avasallas!
¡Y qué sangre la tuya en mi pañuelo!*

*¡A toda hora tío, Cristo divino!
cuando se oye tu verbo o cuando callas:
¡Padre Nuestro en la tierra y en el cielo!*

Con la sucinta exposición de esta suma lírica hemos querido mostrar a un poeta estupendo en su amplia polifonía. No es caso frecuente en las letras hispanoamericanas, tan proclives al acento monótono y tan cohibidas en su tendencia a aborregarse. Vigorosa personalidad, independencia de carácter para darse auténticamente y situarse más allá de las escuelas y por lo mismo de las afectaciones colectivas, impresionante claridad de hombre y de hombre bueno, dominio seguro del idioma y sus infinitas virtualidades de belleza: he aquí en síntesis a Manuel Felipe Rugeles. Caudal de excelencias para integrar el perfil espiritual de un gran poeta.